

## No estás solo

<<La verdadera patria del hombre es la infancia>>.

Rainer María Rilke

Me había prometido a mí mismo no ceder al llanto, pero cuando Mauro descargó su enorme puño contra mi estómago, dejé de ser dueño de mi cuerpo. Las lágrimas brotaron de mis ojos y caí de espaldas a la arena del patio empujado por algo más que el dolor: la humillación. Recuerdo que esa pelea no la había empezado yo y a la vista de los pobres resultados, tampoco fui el encargado de ponerle fin. Esa misma mañana, durante el recreo, aquel niño odioso se había acercado a Paco, uno de mis mejores amigos, y sin razón aparente había comenzado a increparle, incluso había cometido la osadía de utilizar el peor insulto de todos, aquel que aludía a la madre de uno y ponía en entredicho su reputación. Con doce años las madres eran sagradas; si además se tenía la desdicha de no poder contar con la propia, como era mi caso, aquello se convertía en un tema tabú capaz de sacar de sus casillas al tipo más templado.

Tirado en el suelo, tras la dura derrota, observé a la media docena de niños que se habían reunido en torno a nosotros al olor de la sangre. En sus rostros se reflejaba la decepción, seguramente les hubiera gustado verme echar los hígados por la boca; por un momento, incluso llegué a sentirme mal por haber traicionado las expectativas de mi público. Mientras Paco me agarraba del brazo y me ayudaba a ponerme en pie, unos aplausos cortos y secos llegaban como un embrujo hasta mis oídos; los acompañaba una voz que, con los años, había llegado a conocer muy bien.

*—Precioso, ha sido precioso... ¿vas a quedarte ahí tumbado en el suelo para que ese matón remate la faena?*

Apoyado en una esquina del patio, reconocí su apuesta figura y sus ropajes de otro tiempo. Ninguno de mis compañeros o profesores eran conscientes de su presencia, tan solo yo podía escucharlo. No era como si tuviera el demonio dentro, nada tan crítico e irracional. En realidad, la presencia de amigos imaginarios ha sido siempre un fenómeno bastante habitual en la infancia; muchos niños han pasado tardes enteras jugando con personajes ficticios, sin que por ello haya sido necesario llamar a un cura para exorcizarlos. Sin embargo, he de reconocer que mi caso era un tanto especial..., déjenme que les cuente cómo mi inseparable amigo y yo nos conocimos.

Aquel día sigue siendo uno de los recuerdos más tristes que conservo en mi memoria. Todavía tenía el cuerpo de mi madre ante mí. Minutos después la trasladarían hasta el cementerio para cubrir su ataúd con kilos y kilos de tierra. El funeral fue sencillo: El féretro frente al altar, presidiendo la iglesia de San Pedro y cientos de familiares, amigos y vecinos dando el pésame a mi padre y estrechando mi mano en señal de apoyo. Uno de ellos, el que cerraba la comitiva, llamó mi atención. Yo tan solo tenía ocho años, pero podía distinguir que aquel tipo no era normal, nadie iba vestido de esa manera en 1984 y mucho menos cargaba con una espada colgada del cinto. El hombre se acercó a mí y me susurró al oído:

—*Hijo, no estás solo.*

Desde ese instante, la sombra del extraño caballero comenzó a acompañarme a todas partes. Me hablaba sin descanso, parecía saberlo todo sobre mí: detalles de mi vida, gustos, preocupaciones, inquietudes... Era capaz de leer mi mente y anticiparse a mis actos. No cabía la menor duda, ¡había perdido la cabeza!

No puedo explicar lo que ocurrió, desconozco qué tecla pulsó ese ser en mi cerebro pero algo, un sentimiento nuevo, un impulso, me instó a confiar en él desde el momento en que pronunció su nombre...

—*Juan Diego Martínez de Marcilla, hijo de Martín Garcés de Marcilla.*

Soy consciente de lo extraño que podía resultar cruzarse por las calles de Teruel con un niño parlotando a la nada; no obstante, debí hacer las cosas bastante bien, pues ningún vecino acudió alarmado a mi padre. Yo era feliz hablando con un caballero del siglo XIII. Le contaba mis secretos más ocultos, mis deseos, todo lo que me preocupaba y no me atrevía a contarle a nadie.

Recuerdo sus consejos cuando le confesé mi devoción por doña Magdalena, mi maestra de lengua en 3º de E.G.B., una mujer maravillosa que nos tenía enamorados a todos los chicos de clase. Su costumbre de dirigirse a los alumnos, acompañando siempre cada frase con un “corazón” o “cariño”, y la manera que tenía de sentarse, subiendo su falda unos centímetros por encima de la rodilla, hacía que nuestros pupitres, literalmente, levitasen del suelo. Estaba claro que lo mío con doña Magdalena era un amor imposible, además siempre pensé que debía tener algo con don Clemente, el profesor de gimnasia; más de una vez los había visto a los dos solos, riendo y hablando

con el mismo sigilo que guardan los novios en los portales o las viejas en la iglesia. A pesar de todo, Diego no dejó de alentar mi empeño ni un solo segundo, ¿quién sino un “Amante” de Teruel puede saber de amores imposibles?

Cuando llegué a sexto curso conocí a Virginia, la chica más bonita de todo el colegio Juan Espinal. Se sentaba en primera fila, su larga melena rubia y su blanca piel de porcelana fueron las encargadas de alumbrar mis primeros pasos por los accidentados terrenos del amor. Llegué a escribirle una docena de cartas en las que le declaraba mi pasión por sus ojos negros y mi propósito de hacerla reina de mi jardín de rosas. Aquellas estrofas pilladas al vuelo de *Los 40 Principales* suplieron la escasa pericia de mis primeros textos y me hicieron contraer una deuda de por vida con Mikel Erentxun.

—*Deberías poner “amor mío” como colofón a cada frase. Créeme, eso a las mujeres les encanta.* —decía Diego.

—En serio... ¿tú vas a darme consejos de amor?

—*¿Por qué no? ¿Haces caso de ese juglar que bala como una oveja y yo no puedo darte mi opinión?*

—¿Te recuerdo cómo acabo lo tuyo con Isabel?

—*Muy gracioso, siempre hurgando en la herida... no se puede comparar. Lo nuestro fue diferente, era otra época, había mil impedimentos... estaba su padre.*

Cada vez que mi amigo recordaba su trágica historia de amor, sus ojos, tristes y cansados, dejaban entrever los restos de una herida aún sin cicatrizar.

—*Mi amada Isabel, si pudieras ver esto... Nuestro amor ha superado las barreras del tiempo.*

Me veía reflejado en el pesar de Diego y buscaba las palabras idóneas para consolarle. No podía imaginar cuán grande había sido su dolor, pero quería que supiera que a lo largo de los siglos, su trágica historia de amor había servido de inspiración a toda una ciudad.

—Diego, puedes estar orgulloso... no a todos los enamorados les llaman “Los Amantes de Teruel”.

Cada lunes, puntual como un reloj, me escabullía del recreo y dejaba una nueva carta en el pupitre de Virginia. Ella leía mis textos y sonreía, y en esos instantes, sentía cómo mi corazón luchaba por no salirse del pecho. Deseaba confesarle que la quería, que me encantaría pasear con ella de la mano por la plaza del Torico e invitarla a merendar un bollo con chocolate de *La Dulce Alianza*. En lugar de ello, me mantenía oculto dos asientos más atrás, agazapado entre mis apuntes, incapaz siquiera de saludarla. Me sentía como un cobarde; era capaz de pelearme en el recreo por defender el honor de un amigo, pero no tenía valor suficiente para invitar a salir a una chica.

La mañana de la pelea con Mauro, aquella en la que había acabado mordiendo el polvo en el patio, nada hacía presagiar que lo peor estaba todavía por llegar.

Unas horas más tarde, al volver a casa, encontré a mi padre esperándome en el salón, parecía nervioso. En cuanto abrió la boca, mi mundo comenzó a derrumbarse sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo.

—Hijo, sé que es una situación difícil, pero no puedo rechazar esta oportunidad. Es un buen trabajo...

—Pero papá... ¡A Madrid! ¿Y mis amigos? ¿Y el colegio? ¿Y...?

—...¿Y Virginia?— apostilló Diego, que estaba a mi lado.

Aquella tarde mi padre y yo hablamos durante horas, gritamos, lloramos y nos abrazamos hasta que el cansancio logró derrumbarnos a los pies del sofá. La decisión ya estaba tomada de antemano, no había vuelta atrás. No culpo a mi padre por ello, ni antes ni ahora; siempre quiso lo mejor para su familia y la vida le había jugado una mala pasada. Sin mamá, nada le retenía en Teruel. Necesitaba escapar, era el momento de volver a empezar de nuevo en otro lugar.

Durante los días previos a nuestra marcha, Diego y yo no hablamos demasiado. Mis sentimientos respecto a Virginia seguían intactos, pero tal vez no volviera a verla nunca, de modo que renuncié a decirle nada sobre las cartas. Debía cerrar la puerta a todo lo que conocía hasta ese momento (amigos, escuela, casa...) y arrojar la llave al vacío.

Recuerdo perfectamente la mañana del adiós. Un puñado de vecinos, entre ellos mis mejores amigos, se habían acercado a despedirnos. Nuestro R11 estaba aparcado en

el número 17 de la calle Amantes, cargado hasta arriba con maletas y cajas. Mentí a mi padre y le dije que necesitaba subir de nuevo a casa para ir al baño. Ya había mirado diez veces en cada rincón sin ningún éxito, pero decidí probar suerte una vez más. Abrí la puerta de la que hasta entonces había sido mi habitación y allí lo encontré. La figura regia de mi amigo resaltaba imponente en mitad de aquel cuarto vacío.

—¿Qué haces, Diego? —pregunté.

Diego miraba al suelo sin abrir la boca.

—Nos vamos, tienes que bajar.

Mi amigo levantó el rostro, había lágrimas en sus ojos.

—*No puedo irme...mi sitio está aquí.*

—¿Vas a dejarme?

—*Yo... soy un amante de Teruel.*

No dijo nada más, simplemente sonrió y comprendí que aquello era una despedida. Sin poder contener las lágrimas, bajé hasta la calle y monté en el coche.

Mi padre no era demasiado hablador, le costaba mostrar sus sentimientos en público, pero era un buen hombre y eso hizo que todo fuera más sencillo. Sentado al volante, volvió su cuerpo hacia mí y buscó en mis ojos la confianza que el tiempo y la muerte de mamá nos habían robado.

—Hijo, no estás solo.

El coche arrancó. Cuando tuve el valor suficiente para echar un último vistazo atrás, ya era demasiado tarde. Apenas pude distinguir la silueta borrosa de mis amigos en la calle, a los pies de la torre de San Martín. Unos minutos después, abandonaba Teruel, me despedía del mundo conocido y de toda mi infancia.

Han pasado los años, pero nunca he olvidado la ciudad que me vio crecer, ni al amigo que me enseñó que el amor, si es de verdad, puede durar para siempre.